

Reconfiguración del orden mundial y reajuste hegemónico del imperialismo norteamericano*

Jorge Hernández Martínez**

Aunque en años recientes ha cobrado fuerza el análisis y discusión acerca de la reestructuración que tiene lugar en el sistema de relaciones internacionales y, en particular, en la arquitectura del capitalismo contemporáneo, no se trata de un proceso nuevo, sino que se viene afirmando desde hace más de tres décadas. La dinámica que se inicia a finales del decenio de 1980 y durante el comienzo de la 1990, transforma la correlación internacional de fuerzas, al desaparecer junto con la Unión Soviética y el campo socialista en Europa del Este, el bipolarismo geopolítico que había servido de eje, desde la segunda posguerra mundial, al período conocido como Guerra Fría. Desde entonces, se acumulan otros cambios, también con importantes implicaciones globales, como los derivados de la Guerra del Golfo en el citado decenio, de los atentados terroristas el 11 de septiembre de 2001, de la crisis financiera que se despliega en 2008, de la pandemia de COVID-19 entre 2020 y 2021, de la guerra en Ucrania y el conflicto con Rusia a partir de 2022.

La presente ponencia pretende contribuir al análisis de los cambios en la arquitectura del capitalismo contemporáneo en el contexto más amplio de la reconfiguración del orden internacional, asumiendo a Estados Unidos, --dado su lugar y papel central en el sistema imperialista mundial--, como foco del escrutinio. Se parte de las premisas de que se trata de un proceso inconcluso, que lleva consigo una profunda reestructuración económica, acompañada de cambios políticos, sociales, ideológicos y culturales, que en su conjunto expresan una declinación hegemónica relativa del mencionado país, en medio de una disputa global de índole geopolítica, inseparable de la dimensión geoeconómica; y de que el cambio en el orden mundial creado después de la segunda posguerra se advierte, con expresiones definidas en su núcleo, desde la gran crisis de 2008, con antecedentes evidenciados en las crisis de los años de 1970, que propiciaron la llamada Revolución Conservadora, con implicaciones integrales, de resonancia global--, a partir de lo cual se dibuja un cambio drástico, estructural, que supuso un reposicionamiento de Estados Unidos como epicentro del sistema.

De ahí que Estados Unidos viva una crisis definida no solo por problemas y dificultades de carácter económico, sino por un complejo de contradicciones que abarca lo político, lo social, lo ideológico, lo cultural, lo ecológico, lo estratégico, que se manifiestan en una escala internacional compleja, a nivel global. No se trata de una crisis cíclica, sino estructural, una crisis de reestructuración, que tiene el potencial de convertirse en una crisis sistémica. En este sentido, la crisis forma parte esencial de la propia dinámica de reestructuración constante de la modernidad capitalista que lleva consigo el imperialismo contemporáneo, cuya configuración geopolítica se ha hecho más amplia y profunda.

En la actualidad, las grandes contradicciones acumuladas durante el desarrollo histórico del capitalismo ya no parecen tener una salida satisfactoria dentro de los

* Ponencia para el Tema I: Multipolaridad y redefinición de un nuevo orden mundial. XXIX Seminario Internacional Los Partidos y la Nueva Sociedad, México, 25 al 27 de septiembre de 2025.

*** Investigador cubano del CEHSEU, de la Universidad de La Habana y profesor del Departamento de Historia y Relaciones Internacionales de la Universidad del Partido Comunista de Cuba “Nico López”.

márgenes de la propia lógica tradicional del capital y de las formas de funcionamiento del sistema mundial. Las contradicciones son parte del propio sistema, y la forma de salir de una crisis contiene en sí misma las raíces de la siguiente crisis, evidenciándose un carácter cíclico.

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, la historia de Estados Unidos demuestra que las estructuras y contextos que han acompañado al desarrollo capitalista en ese país han condicionado una gran capacidad adaptativa del imperialismo contemporáneo, el cual ha sido capaz de realizar ajustes y reajustes que le han permitido absorber y superar los efectos recurrentes de sus propias crisis. Ese proceso incluye, entre las principales tendencias que definen al sistema internacional, la consolidación hegemónica de ese país, el afianzamiento del bipolarismo geopolítico entre los dos sistemas opuestos (capitalismo y socialismo) y el comienzo de la Guerra Fría. Así, el desarrollo del imperialismo norteamericano entra en una nueva etapa, adquiriendo dicho país un nuevo lugar y papel a finales de la década de 1940. Desde entonces, Estados Unidos se ha convertido, entre crisis y recomposiciones, en la potencia más poderosa del orbe y en el líder del capitalismo mundial. Sus proyecciones geopolíticas desempeñan un rol fundamental en la restructuración global de las relaciones internacionales, al redefinir sus alianzas con los países que considera amigos, sus rivalidades con los que define como enemigos y sus intromisiones en las regiones en que se disputan entonces los nuevos espacios de influencia y control: los del llamado Tercer Mundo. El afán por la hegemonía es, desde ese tiempo, a través de la segunda mitad del siglo XX, el eje principal de la geopolítica imperialista.

Las crisis económicas, o conmociones en las relaciones internacionales, que afectan la posición de fuerza de Estados Unidos en las relaciones internacionales, junto al problema de la declinación de poder estadounidense reaparece en la literatura sobre política exterior y relaciones internacionales. En la misma medida que se han puesto de manifiesto las debilidades de esa economía respecto al resto del mundo y sus mayores competidores, o aparecen evidencias de su fortaleza, se regresa al problema de la declinación de poder de Estados Unidos, o su retorno como principal y única súper potencia imperialista.

Asuntos como la inconvertibilidad del dólar estadounidense en oro, anunciado unilateralmente durante la presidencia de Richard Nixon en 1971 y la preeminencia que todavía tiene el dólar en la economía mundial después de más de cinco décadas, evidencian que la política estadounidense se resiste a un ajuste en el orden económico mundial que le haga perder su hegemonía mundial. Tal decisión unilateral de Estados Unidos provocó una modificación significativa en el sistema monetario internacional, pasando de un sistema de tipos de cambio fijos anclado en patrón dólar oro, a la libre flotación de las monedas en los mercados de divisa desde 1973; la reducción de la competitividad productiva frente a otras economías asiáticas en la década de 1970; generó desequilibrios macroeconómicos en el sector externo, y fueron de las primeras expresiones en el proceso de declinación económica relativa de Estados Unidos.

Más recientemente, el creciente déficit fiscal y la enorme deuda pública han renovado las preocupaciones sobre la sostenibilidad del imperialismo como potencia hegemónica en los próximos años, derivados esencialmente de los privilegios que todavía disfruta el dólar estadounidense.

Entre las contribuciones principales al problema de la declinación de las grandes potencias, desde la perspectiva histórica, se encuentran la obra publicada por Paul Kennedy, originalmente en inglés en 1987, y en español en 1994. Este libro sobre el ascenso y caída de las grandes potencias, aunque no se dedica al análisis exclusivo de Estados Unidos, resulta de enorme utilidad, porque demuestra los factores económicos, tecnológicos, militares y políticos que han determinado el auge y declinación de distintos imperios a lo largo de la historia, registrando regularidades. La insostenibilidad del gasto público, y en particular los referidos al gasto militar y la seguridad, para mantener la condición hegemónica, conduce al efecto denominado «sobredimensionamiento imperial». Intentos por mantener y fortalecer su sistema de dominación se extiende más allá de sus capacidades. Kennedy en esa obra hace un señalamiento importante:

“En todas las discusiones sobre la erosión de la preeminencia norteamericana, hay que repetir una y otra vez, que la decadencia de que se trata es relativa y no absoluta, y por consiguiente del todo natural y que la única amenaza sería a los intereses verdaderos de los Estados Unidos solo puede proceder del fracaso en adaptarse de manera sensata al nuevo orden mundial”.

Enormes déficits fiscales, deuda pública desbordada y del sector externo de Estados Unidos con respecto al resto del mundo, son evidencias de ese sobredimensionamiento, o pérdida relativa de su competitividad. La persistencia de estos desbalances durante muchos años manifiesta su carácter estructural, y por ello se recomienda ajustar la estrategia de política exterior y el alcance de sus propósitos a los recursos disponibles. Immanuel Wallerstein ha abordado este tema para Estados Unidos como parte de su visión sobre el sistema mundial capitalista. Sobre la declinación del poder de Estados Unidos, establece una periodización de los ciclos hegemónicos y define el inicio de la decadencia hegemónica estadounidense en la década de 1970.

Existen enfoques contrarios a la declinación estadounidense, suponiendo que Estados Unidos es excepcional, y por ello se comporta de otro modo. Joseph Nye considera que Estados Unidos conserva las bases para mantener su liderazgo, apoyado en otras fuentes e instrumentos de poder, no solo militar, como el dominio de la información, las bases de datos, las redes globales y el sistema financiero especulativo global, ámbitos de supremacía estadounidense indiscutible. Por su parte, Henry R. Nau advierte que las ideas sobre la declinación de las grandes potencias expresadas por Paul Kennedy, no se corresponden con la situación de Estados Unidos. Este autor ya desde 1990 se refería a lo que calificó como el mito de la declinación estadounidense. Otro trabajo crítico a la declinación de las grandes potencias fue escrito por George L. Bernstein e insiste en la relatividad de esta afirmación.

El carácter relativo de la declinación debe tenerse en cuenta, porque se trata de un proceso de comparación con otras potencias emergentes en el balance de poder mundial y debido a que el poderío de Estados Unidos no ha disminuido en términos absolutos. Es la única súper potencia militar, e incluso económicamente sigue creciendo, aunque a un paso más lento. El problema es la insostenibilidad de su sistema de dominación y explotación global, los plazos para su declinación definitiva, y cómo serán las relaciones internacionales entonces.

Desde la perspectiva imperialista, requieren ajustes para enfrentar los desequilibrios económicos, que pueden quebrar su fortaleza, para buscar reacomodos en el rebalanceo de poder global. Sin embargo, no hay capitalismo sin crisis económicas cíclicas, ni imperialismos eternos. Estados Unidos no es una excepción.

Adicionalmente, existen, por su parte, muchos trabajos sobre el ascenso de China como potencia mundial y su creciente función en la geoeconomía y la geopolítica mundial, en las tecnologías de la informática y las comunicaciones y otras áreas, pero ello no permite prever de manera inmediata y precisa, la sustitución de Estados Unidos por China como potencia hegemónica global, a partir de proyecciones sobre los ritmos de crecimiento de los productos internos brutos respectivos. La preocupación de los estrategas estadounidenses se expresa en la búsqueda de opciones para contrarrestar el ascenso del poderío chino con distintas variantes.

Sin embargo, el ascenso de China como nuevo hegemón del orden económico mundial basado en su ascenso económico, tecnológico, militar y en otras esferas, acompañada por procesos de integración regional, asociación estratégica con países y el grupo de los BRICS en su versión ampliada, aún no permiten afirmar que se haya alcanzado un nuevo orden económico internacional alternativo, multipolar y justo, que sustituya al actual. Tampoco la estrategia política y económica de China busca la confrontación con Estados Unidos, si bien es firme y beligerante en sus objetivos a largo plazo, no se plantea disociarse del sistema económico internacional, del FMI, del Banco Mundial ni repudia el uso del dólar, aunque despliega acuerdos bilaterales con otras potencias y países para implementar mecanismos independientes para realizar transacciones comerciales y financieras entre ellos.

Ello no descarta la posibilidad que esa transformación en el orden económico mundial ocurra en un futuro, pero la situación actual, caracterizada por gran incertidumbre, guerras y confrontación que involucran tanto a Estados Unidos y sus principales aliados, como a China y la ampliación de su influencia en las relaciones económicas y políticas internacionales, hace sumamente difícil prefigurar los escenarios de ese nuevo orden económico internacional a partir de las proyecciones de crecimiento y las tendencias políticas de las principales potencias.

Con independencia de encontrarse en una fase declinante de su hegemonía desde por lo menos la década de 1970, Estados Unidos sigue teniendo la primacía en la economía mundial al ser la mayor economía financiera, la única súper potencia militar, y conserva el liderazgo en instrumentos de poder político basados en las redes globales de información y las tecnologías de las comunicaciones. Asimismo, mediante la llamada industria del entretenimiento, se introducen en el mundo los patrones culturales, preferencias y valores de su sociedad, que impactan directa o indirectamente la conciencia social y política en todo el mundo. El control mayoritario de la infraestructura de las comunicaciones, desde satélites y otras redes para conectar esos medios globalmente, abarca la esfera de la inteligencia y el espionaje, vinculado a Internet y las llamadas redes sociales. Esta es una esfera de predominio de Estados Unidos de gran trascendencia para preservar su liderazgo y sistema de dominación el llamado poder blando.

En la actualidad, la globalización del mercado de capitales acrecienta los rasgos parasitarios del imperialismo, al colocar la principal fuente de poder dentro de ese

mercado en la esfera financiera, que encierra su propia problemática en el estallido de las burbujas especulativas, y no en el ámbito de la producción material o el comercio. Es decir, las bases principales del poder económico de Estados Unidos no descansan fundamentalmente en la economía real, sino en la esfera financiera y el control mayoritario en la distribución de la riqueza a través del mercado mundial de capitales y las transnacionales.

Por su parte, Stiglitz sintetiza los problemas principales de la economía estadounidense en «la financiarización desmedida, la globalización mal gestionada y el poder creciente del mercado». Estas políticas conservadoras favorecieron al sector financiero transnacional y deterioraron progresivamente sobre todo a la clase media y a los trabajadores de la industria manufacturera.

Las primeras crisis económicas del siglo XXI resultaron de la exacerbación de contradicciones, debido a las políticas económicas de lo que se conoce como globalización neoliberal desreguladora del mercado. El propósito de estas ha sido redistribuir los ingresos de la economía a favor de ese grupo representado por el uno por ciento de los concentradores de la riqueza económica y el poder político, ciertamente para contrarrestar la tendencia decreciente de la cuota de ganancia.

Desde cualquier perspectiva, no cabe duda de que las economías capitalistas presentan ciclos económicos que tienen fases de alza y baja, puntos de máximo y mínimo, con duraciones dispares. Los defensores del sistema relativizan sus problemas y tratan siempre de atribuirlos a factores externos. Jeffrey Sachs afirma que «los ciclos económicos no son ondas fijas de la actividad económica, como las mareas del océano o los ciclos solares» y los engloba como «choques aleatorios que golpean a la economía». Desastres naturales, huracanes, sequías, pandemias y guerras se mencionan como elementos causantes.

Estos factores exógenos al sistema socioeconómico contribuyen a desatar las crisis económicas o hacerlas más complejas y difíciles, pero las causas son las contradicciones sistémicas y estructurales del sistema capitalista en general. Para el caso de Estados Unidos, deben considerarse los problemas y contradicciones específicas que corresponden con la etapa actual del imperialismo por la que atraviesa, como centro principal de la economía y las finanzas capitalistas.

Las crisis económicas financieras de la primera década del siglo XXI –en el año 2001 y, sobre todo, en 2008–, someten a prueba la validez de las políticas conservadoras de la llamada globalización neoliberal para sostener y recomponer la posición de principal potencia imperialista de Estados Unidos en el nuevo siglo. Técnicamente han sido dos, sin contar la desatada por la pandemia de la COVID-19. Las dos primeras fueron iniciadas por el estallido de burbujas especulativas –fenómeno agudizado por la desregulación financiera y la globalización económica al explotar, desataron las respectivas crisis económicas. El inicio de la recesión está precedido por la caída de las bolsas y su salida presenta un retardo respecto a la recuperación del mercado de capital, reflejo del creciente parasitismo de la economía. La recuperación del empleo es más lenta y persisten altos niveles de desempleo en los primeros años de la recuperación. Las crisis de 2001 y 2008 se explican por las contradicciones internas vinculadas, fundamentalmente, a la financiarización de la economía y el agravamiento de las desigualdades socioeconómicas.

En términos técnicos, la primera crisis de esta etapa dura ocho meses, de marzo a noviembre de 2001. Fue parcialmente silenciada por los ataques terroristas del 11 de septiembre, pero representa un indicio del agotamiento del patrón de acumulación de la globalización neoliberal.

La segunda crisis de esta etapa fue, hasta ese momento, la mayor después de la Gran Depresión y se conoce como la Gran Recesión. Comenzó en diciembre de 2007 y alcanzó hasta junio de 2009, o sea, su duración fue de dieciocho meses. Como factor desencadenante se reconoce la «crisis de las hipotecas subprime» que tuvo consecuencias mundiales. Aunque el origen de la crisis fue dentro del sector financiero, este recibió enormes paquetes de rescate organizados tanto por el gobierno de George W. Bush como de Barack Obama, por lo que sentó un precedente.

El tamaño de la economía real es cada vez menor en términos de valor respecto a la financiera y la dependencia de la economía estadounidense de las fuentes externas de capital, debido a la condición de privilegio que todavía ostenta por la función central del dólar estadounidense en el sistema monetario y financiero internacional, condición fortalecida por ser todavía el principal centro financiero del mundo.

La formación de burbujas especulativas centradas en distintos segmentos del mercado de capitales y el mayor peso del financiamiento externo recibido por la economía norteamericana durante estos años se encuentran estrechamente relacionados. No existen fuentes internas de financiamiento de las burbujas especulativas, debido a los grandes déficits fiscales y el nivel muy bajo o casi inexistente del ahorro de la población, solamente puede explicarse por el aporte de los flujos externos de capital.

La crisis económica iniciada desde finales de 2019, aunque se hace perceptible por el paro económico vinculado al control de la epidemia de la COVID-19 en febrero 2020, es el resultado de problemas, contradicciones y desequilibrios preexistentes que se fueron agudizando durante la fase expansiva del ciclo, debido a las políticas del nacionalismo conservador del expresidente Donald Trump. El tamaño de la deuda alcanza niveles astronómicos, dado el énfasis de la administración en alentar a toda costa el crecimiento económico y apresurar la salida de la crisis antes de las elecciones en noviembre de 2020.

Una política monetaria y fiscal expansiva de tal extraordinaria magnitud, sin duda, ha sido estimulada por razón del llamado ciclo político electoral (Alesina y Sachs, 1988). El vínculo entre política monetaria y fiscal expansiva determinada por razones políticas es muy claro en este caso y es bien reconocido en la literatura. Depende de la vulnerabilidad percibida por el presidente en el gobierno respecto a la economía y otros factores (Schultz, 1995). Por esa razón, el expresidente Trump y los analistas y expertos más cercanos al gobierno de Estados Unidos la catalogaron como la crisis de la pandemia.

No puede negarse la relación existente entre el choque de la pandemia de la COVID-19 y la crisis económica mundial que alcanza a Estados Unidos. Tampoco pueden desconocerse las causas preexistentes de la crisis económica actual que agravan la posterior recuperación. Aunque no existe consenso entre los especialistas, los enormes déficits y deuda federal pueden tener consecuencias que aceleren la caída del poder de su economía y el deterioro de la posición del dólar en su privilegiada condición.

En síntesis, puede decirse que esta crisis económica fue detonada por la pandemia de la COVID-19. Sin embargo, la crisis estallaría de todos modos; se esperaba en ese año – o un poco más – por el promedio de las fases expansivas (en 2019 se cumplieron diez años de expansión).

El éxito en el control, enfrentamiento y manejo de la epidemia en el marco interno constituye una primera evaluación de la capacidad de los gobiernos para recuperarse y enfrentar los desafíos. Contrariamente a lo que piensan algunos políticos, no se podía iniciar la recuperación económica sin solucionar la epidemia y crear condiciones para funcionar de modo seguro en las nuevas condiciones. Si las causas de la crisis económica no fue producto de la pandemia, entonces deben tomarse en cuenta los problemas preexistentes que la determinaron: desigualdades socioeconómicas; calidad del empleo; crecientes deudas de los hogares, las empresas y el país; restructuración de la industria, los servicios y sus vínculos internacionales; y financiarización económica.

En el plano socioeconómico y con trascendencia política, ocupan un lugar importante las diferencias por sectores y grupos discriminados, como es el caso de los afro-estadounidenses. Estos problemas se reflejan en el acceso a la salud, la educación, la alimentación y vivienda de calidad, pues crean inestabilidad y conflictos sociales.

La tendencia de política exterior y política económica inspirada en el lema populista y conservador de Estados Unidos Primero (America First) fue cumplida según la interpretación trumpista, pero agravó las contradicciones existentes con empleo indiscriminado de instrumentos económicos con fines geopolíticos, guerras económicas, comerciales y tecnológicas, que abarcaron no solamente declarados adversarios, pero que son grandes potencias como China y Rusia, sino, incluso, dañaron parcialmente las relaciones con aliados y socios en América, Asia y Europa.

La traumática llegada a la presidencia de Estados Unidos de Joseph Biden tuvo que enfrentar todas las difíciles condiciones de la economía, acrecentada por un desmedido empleo de los instrumentos económicos con fines coercitivos: bloqueos, robo de activos, guerra económica y tecnológica con la segunda economía del mundo. En la práctica el presidente demócrata le otorgó continuidad e incluso profundizó en las políticas de fuerza en los planos económicos y militares.

Ello puede acelerar el proceso de declinación del poder económico de Estados Unidos, y el avance de alianzas económicas, financieras y monetarias alternativas. No será inmediatamente, en el corto plazo, pero el proceso ya está en marcha, y los resultados observados preliminarmente no le son favorables. El balance en la correlación internacional de fuerzas desfavorable a Estados Unidos se acelera. Las enormes sumas de dinero inyectadas a la economía para aliviar la crisis han cumplido su objetivo expansionista, pero no solucionan en el largo plazo, sino agravan los desequilibrios macroeconómicos y elevan enormemente el monto de la deuda. Las crisis económicas del siglo XXI – particularmente la iniciada en 2019 y 2020 – marcan una etapa de agotamiento del patrón de acumulación de la globalización neoliberal, un ascenso del empleo de los instrumentos económicos de poder de inclinación geoeconómica neoconservadora con fines geopolíticos, que en cualquier escenario tendrán consecuencias en los próximos años para la reconfiguración del orden económico y político internacional en dependencia de los resultados de las guerras en curso en

Ucrania, el Medio Oriente y la creciente amenaza de un conflicto bélico con China por la provincia de Taiwán.

A lo largo de su historia, Estados Unidos ha sido un actor protagónico en el despliegue de los acontecimientos bélicos y en la articulación de coyunturas que han puesto en peligro, y aún lo hace, la paz mundial. Si se piensa en el asunto a la luz del actual siglo y desde la relación lógica entre posibilidad y realidad que establece la filosofía dialéctica, queda claro que un mundo mejor es posible. Pero entretanto, un mundo peor es real. La guerra constituye una pieza funcional en el mecanismo de reproducción de la hegemonía y la dominación imperialista, especialmente en los contextos de restructuración del orden mundial, en los que Estados Unidos intenta ignorar o romper las reglas del sistema vigente.

Desde el punto de vista histórico, luego de la formación de Estados Unidos como nación, en pleno proceso de consolidación y expansión capitalista, y hasta la actualidad, el impacto de su política exterior y la influencia de la simbología acompañante, encarnada en valores, tradiciones y construcciones ideológicas, han condicionado e incluso, determinado, el rumbo de muchos asuntos mundiales. Ello ha llevado consigo –utilizando las familiares distinciones de Joseph Nye–, tanto la aplicación de métodos del poder duro como del blando, junto a la combinación ocasional de ambos, a través del llamado poder inteligente. Tres denominaciones que designan modalidades subversivas, que se complementan entre sí, orientadas hacia el cambio de régimen en países cuyos gobiernos se consideran adversarios del imperialismo u obstaculizadores de su dominación mundial. Su uso se ha convertido en práctica ya habitual en los esfuerzos por acomodar el orden mundial, en restructuración, a sus intereses y necesidades,

Más allá de tales conceptos y prácticas, que resultaron novedosas en su momento y que mantienen su presencia en el lenguaje estratégico y académico, lo cierto es que Estados Unidos nunca ha renunciado a la guerra, en su sentido más universal sea de forma directa o indirecta. Es decir, entendida, siguiendo la definición clásica de Clausewitz, que Lenin hizo suya, cual continuación de la política por medios violentos. Se trata del tipo de guerra que el imperialismo norteamericano llevó a cabo, por ejemplo, contra Corea en el decenio de 1950, contra Vietnam en el de 1960, y la que materializó en las invasiones militares, hace ya algo más de veinte años, en Afganistán en 2002 e Irak, en 2003. Es la variante de guerra que promueve, desde la sombra, sin implicar a sus tropas, en la que protagoniza Ucrania contra Rusia, e Israel contra territorios palestinos, en ambos casos evitando que se comprometa su imagen y responsabilidad como responsable histórico y político. Es el tipo de guerra que no conoce límites geográficos, legales ni morales, que viola derechos humanos elementales, que acude al etnocidio y al genocidio.

La estructuración de los diversos órdenes internacionales, los reajustes y derroteros de la política mundial entre concertaciones, alianzas, confrontaciones, conflictos, episodios bélicos, negociaciones y tratados, ya desde el siglo XIX y con mayores acentos en el transcurso del XX, son ejemplos del papel creciente y fundamental de Estados Unidos, cuyo desempeño renovado se extiende durante las primeras décadas del XXI. Los efectos del llamado fin de la Guerra Fría y de los atentados terroristas en 2001 a las Torres Gemelas de Nueva York e instalaciones pentagonales del Departamento de Defensa en Washington, enmarcan una era de transición histórica,

calificada de distintas formas. En ella se advierte un mundo de unipolaridad política, multipolarización económica, predominio del modelo estadounidense a escala universal, configuración de un capitalismo global. Estados Unidos en declinación, con problemas económicos y crisis diversas, pero aún pujante, con fortalezas en el poder militar, cultural y mediático, con dificultades económicas, en disputa geopolítica con otras potencias, como China y Rusia. Sobresale un sistema internacional signado aún por la globalización y el neoliberalismo, entre contradicciones y reacomodos, en el que gana espacios la intolerancia junto a variadas manifestaciones de extremismo reaccionario, de derecha radical y fascismo.

En ese contexto, la política exterior de Estados Unidos hoy sigue promoviendo la inestabilidad mediante el impulso a formas híbridas de guerra no convencional sin abandonar los viejos formatos, empleando acciones bélicas, en consonancia con la condición imperialista del sistema que genera y sostiene variantes de violencia brutal institucionalizada. Si bien se ha ido adaptando a los cambiantes escenarios de la dinámica mundial, promoviendo sus intereses de dominación permanentes y propósitos circunstanciales, esa política reproduce sus bases fundacionales, las que conforman el ideario de la nación y la identidad cultural, cuya puesta en práctica no se corresponde, como se sabe, con ese imaginario idealista, que pretende consagrar como universales valores como la democracia y la libertad, en la usanza norteamericana. El divorcio entre dichos y hechos, entre el discurso que enuncia la política y el decurso real de ésta, entre retórica y realidad, es un trazo indeleble que caracteriza el quehacer de Estados Unidos, dentro y fuera de sus fronteras.

Tal vez el ejemplo más gráfico que venga a la mente, sea el de la guerra en Ucrania. Sobre todo, dada la dificultad de encontrar la verdad en el mundo actual, en el que pululan noticias falsas, tergiversaciones, informaciones sesgadas, manipuladas por las redes sociales digitales, los medios de comunicación tradicionales y los discursos políticos.

La presentación más común que se ha hecho del problema, es que el conflicto armado que se verifica en el corazón de Europa Oriental es una guerra entre Rusia y Ucrania. Se le define como producto de la invasión de Rusia a Ucrania, asociada a las ambiciones imperiales del primero de estos países (el “de Putin”) y a la nostalgia por el antiguo imperio de los zares y de la URSS. Así, al apoyar militar y financieramente al gobierno de Ucrania, Estados Unidos, con el respaldo de la OTAN, actúan como representantes del “mundo libre” y de la justicia en el “orden mundial” vigente. No es el caso. Otra perspectiva bastante difundida es la que considera ese conflicto como una guerra entre las fuerzas del socialismo y el capitalismo, o bien entre la derecha y la izquierda en el plano internacional. Es decir, como una expresión de las contradicciones existentes entre el “campo socialista” y el “campo imperialista”. Tampoco es el caso.

Si se presta atención a la historia de la política exterior norteamericana y a la lógica que le ha caracterizado, dicha guerra se revela como una guerra imperialista, que involucra a Estados Unidos, quién apela como en tantas ocasiones anteriores, a la OTAN, dirigida contra Rusia, en suelo ucraniano, amparada en concepciones y aspiraciones geopolíticas. En última instancia, se trata de una expresión de las contradicciones existentes entre grandes potencias, que echa por tierra las ilusiones acerca de que tales contrapuntos pueden ser reconciliados o superados mediante la concertación de acuerdos diplomáticos. Rusia no es una potencia imperialista, pero sí una gran potencia, y posee una vocación de presencia y poder mundial. Mirando su

historia, cultura y significación para el progreso universal, es claramente explicable. Su papel en la derrota del fascismo y en la conquista del cosmos bastarían para ilustrar lo expuesto.

Es útil discernir en los análisis entre la cáscara y el grano, sobre todo cuando de guerras con implicaciones globales se trata. La guerra ha mostrado en el pasado su potencialidad monstruosa, de persistir, extenderse, confundirse, dentro de la paz, de entrelazarse con ella. Esa es la tendencia que se vive desde hace tiempo, reafirmada a partir de los inicios del presente siglo, cuando Estados Unidos declaró la llamada Guerra Global contra el Terrorismo, luego de los citados atentados terroristas en 2001. En esencia, se trata de que la guerra imperialista no se reduce solamente a los períodos en que se manifiestan confrontaciones armadas, al estilo de las que se han denominado mundiales, de envergaduras demoledoras materiales o físicas, de destrucción irreparable de recursos naturales, edificaciones, entornos ecológicos, exterminios masivos y peligros de extinción de especies, la humana incluida, en primer lugar. Desde tal punto de vista, se puede reflexionar al respecto, afirmando, con realismo y dolor, que la guerra ya no es la guerra, en el sentido con que habitualmente se ha utilizado el término. Y que la paz, tampoco es la paz, en términos de perdurabilidad. Mientras existan el imperialismo y le trasciendan sus repercusiones, una vez que se transforme o desaparezca, es difícil imaginar que se pueda hablar, de modo absoluto, sobre el fin de la guerra y una era de paz duradera. La guerra hoy no es solo la continuación de la política por otros medios, sino también y preponderantemente, del mercado.

Por último, no debe omitirse el enorme tamaño de la deuda federal de Estados Unidos como tema ampliamente debatido por sus potenciales consecuencias para acelerar la pérdida de confianza en el dólar de Estados Unidos y que ya no fuera la principal moneda en la economía mundial. Sin embargo, a pesar de ello, todavía el dólar conserva la preeminencia en todas las funciones de la economía internacional, sobre todo por ser el mayor, más dinámico y confiable mercado financiero del mundo.

En medio de las convulsiones del sistema mundial actual, la perspectiva de China en la economía internacional y en la geopolítica mundial aunque no está exenta de retos, presenta las mejores expectativas pues sigue marcando el rumbo de las transformaciones internas basadas en un nuevo patrón de acumulación asentado en los avances tecnológicos para beneficio de su pueblo; y externas favorecedoras de un multilateralismo abierto y no subordinado a una postura política ideológica y política hegemónica, sino basado en principios compartidos de respeto a la soberanía e independencia de los Estados.

Gradualmente, el dólar estadounidense ha disminuido su participación en las distintas funciones del dinero en la economía mundial y se dan pasos en la búsqueda de sistemas alternativos por países como Rusia, China y los BRICS, pero aún su presencia es mayoritaria y si bien la llamada desdolarización pudiera ocurrir en un escenario futuro a largo plazo, pero de acuerdo con los datos más recientes, la participación actual del dólar en la economía internacional sigue siendo dominante. La actual política de Estados Unidos de emplear el dólar como un instrumento de poder o arma económica contra otras grandes economías, acelera la búsqueda de sistemas alternativos como parte del proceso de transformación en curso del sistema económico y político mundial; aunque tomando en cuenta las condiciones de partida, la complejidad de ese proceso y los múltiples factores y condiciones que intervienen, todavía no parece que se logre un

cambio de tal magnitud en el corto plazo, y se pueda desplazar al dólar de su predominio mundial en todas las funciones del dinero, y al mismo tiempo se consolide un sistema monetario y financiero alternativo.

El orden mundial, en plena reestructuración, se encuentra en una crisis sistémica de larga duración, ajustada a una modalidad que sirve para subordinar el orden político-social a las lógicas del mercado y la dinámica de la razón económica imperialista. En ese marco, se advierte la agudización de las contradicciones económicas internas en la etapa actual del imperialismo, junto a cambios en el balance internacional de fuerzas y a la declinación relativa de la hegemonía económica de Estados Unidos, ante el ascenso de otras potencias, encabezadas por China, que no se someten o pretenden deslindarse del sistema de dominación imperialista. En una reconfiguración mundial inconclusa.